

Edgardo Garbulsky: contribuciones para una antropología crítica desde la ciudad de Rosario¹

Sanchez, Silvana Claudia

Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos (CEACU), FHyA, UNR

silvanacsanchez@gmail.com

Resumen

Esta ponencia se propone poner de relieve el aporte de la producción y la trayectoria de Edgardo Garbulsky a la construcción de una perspectiva crítica en la antropología, Protagonista de una nueva generación de antropólogos y antropólogas que marcó fuertemente el devenir del campo antropológico en la ciudad de Rosario, aportó también a la configuración de la antropología argentina y latinoamericana, participando de una corriente crítica en ciencias sociales desde fines de los años '50. Entre los aspectos más relevantes que recorren su pensamiento sobresalen una visión totalizadora y creativa de la investigación antropológica y un sentido profundo de la responsabilidad y el rol del intelectual. El trabajo se organiza alrededor de tres grandes ejes que expresan su perspectiva crítica: la necesidad de cruzar fronteras, la importancia de pensar con cabeza propia, y el compromiso del antropólogo en relación a los problemas de su tiempo

Edgardo Garbulsky, antropología crítica, totalidad, compromiso

Introducción

La figura de Edgardo Garbulsky (1941-2007) emerge como uno de los principales protagonistas y hacedores de la antropología en la ciudad de Rosario. Desde su ingreso como estudiante a la carrera de Antropología a fines de los años '50 -en el momento mismo del

¹ Agradezco a Elena Achilli, y a Mara Dobry, Pablo Gaitán y María Victoria Pavesio -compañeros del Grupo de Estudio sobre Historia de la Antropología Latinoamericana (CEACU-UNR)- por los valiosos comentarios sobre este texto.

nacimiento de la carrera en esta ciudad- se convertirá en un actor relevante, que, junto a otros integrantes de una nueva generación de antropólogos y antropólogas, marcarán fuertemente la construcción y el devenir histórico del campo antropológico local, así como también aportarán a la configuración de la antropología argentina y latinoamericana.

Garbulsky fue conformando una visión del mundo social, y una comprensión del rol profesional del antropólogo a lo largo de aquellos años de su formación universitaria y primeros recorridos en la investigación y la docencia, impregnados por la realidad de América Latina en aquel período. En los años 50, 60, 70, participó en la construcción de una corriente de pensamiento crítico, vertiente renovadora en el campo de la ciencia social, que supo articular desarrollos teóricos innovadores con una actitud de compromiso con los procesos de transformación social.

El valioso aporte de Garbulsky a nuestra disciplina no sólo se sustenta en el hecho de haber sido sujeto participante en la historia de la antropología local, nacional y latinoamericana a lo largo de medio siglo. Es posible hallar en él una lúcida conciencia del valor de recuperar y comunicar a las sucesivas generaciones que transitaron y transitan por la antropología, los distintos momentos en que se inscribió su propia práctica, en especial, aquella etapa fundante que se ocupó de analizar, resignificar y revalorizar “desde el sentimiento y la convicción de la importancia que tiene la transmisión de nuestra experiencia y reflexiones” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.80).

Esta ponencia se propone difundir el pensamiento de Garbulsky, darle el debido reconocimiento como un pilar en la construcción de la antropología rosarina, argentina y latinoamericana, poner de relieve el aporte de su producción y su trayectoria a la construcción de una perspectiva crítica en la antropología, y a la transmisión de esa herencia cultural como un elemento clave en la formación de los antropólogos/as.

Adentrarse en su producción y en su pensamiento nos conduce al encuentro de una propuesta de cómo hacer antropología, de qué hacer como antropólogos en esta Argentina, en esta América Latina. Escribía en 2007, poco antes de su partida:

Concebimos a la Antropología, desde una perspectiva crítica, como ciencia social de amplio horizonte, de carácter holístico y totalizador, con profundo sentido humanista y comprometida con las transformaciones sociales necesarias para hacer del conocimiento un instrumento de liberación que busca contribuir a superar las nuevas condiciones de exclusión, explotación y dominio que operan sobre los pueblos de nuestro continente. (Garbulsky et al, 2007, p.1).

Edgardo Garbulsky dejó un material muy rico, aunque en su mayor parte sin publicar, pero es preciso señalar que las reflexiones que aquí presentamos van más allá de su producción escrita, e intentan recuperar el legado que nos transmitió en los largos años en que compartimos la vida universitaria, en experiencias de docencia, investigación, formación interna, gestión, participación en la política universitaria, organización de actividades académicas. En cada uno de esos espacios se expresó su alta condición de maestro, generoso y conciente del sentido político de la tarea formativa.

Con el propósito de acercarnos a esa forma de entender la antropología desde una visión totalizadora, creativa y con un sentido profundo de la responsabilidad y el rol del intelectual, organizamos este trabajo alrededor de tres grandes ejes que expresan la perspectiva antropológico crítica de Garbulsky: la necesidad de cruzar fronteras, la importancia de pensar con cabeza propia, y la responsabilidad del antropólogo en relación a los problemas de su tiempo. Previamente al tratamiento de estos tres núcleos, referiremos brevemente al período de nacimiento de la antropología en Rosario.

De los inicios de la antropología en Rosario

La década del '50 será clave en el proceso de institucionalización de la antropología en Rosario. En 1951 se crea el Instituto de Antropología, dirigido por Serrano primero, y por Rex González desde 1954, quien logrará concretar la apertura del Museo de Antropología en 1957. Garbulsky destaca fuertemente la labor de Alberto Rex González, quien desde el Instituto generó un foco de atracción de estudiantes y graduados. En 1956 impulsa la primera excavación arqueológica a El Alamito (Catamarca), conformando un equipo de estudiantes y graduados de Historia. Garbulsky dirá más tarde que “este grupo constituye la base fundacional de la antropología profesional en nuestro medio” (Garbulsky, Sanchez (comp.), 2014, p.40).

El Instituto de Antropología tendrá luego como directores a Cigliano, y a Krapovickas hasta el golpe de 1966, quienes darán impulso a otros proyectos de investigación con fuerte tendencia a la interdisciplina.

A mediados de los '50 tendrá lugar la reforma de los planes de estudio de la carrera de Historia, en la cual los integrantes del Instituto jugarán un rol destacado, originándose la orientación Antropología en 1959. Garbulsky, quien ingresara a la Facultad en el año 1957, será uno de los tres primeros egresados en 1963 con el título de Profesor en Historia (Orientación Antropología).²

² Iniciada su formación a finales de la década de 1950, la trayectoria académica de Garbulsky sufrió las discontinuidades impuestas por los golpes militares. Integrante de equipos de investigación y docente del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional del Litoral, en 1966 formó parte del conjunto de docentes e investigadores que renunciaron en el gobierno de facto de Onganía. En 1967 emigró a Chile, en donde contribuyó a la creación del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción, en el que se desempeñó como docente hasta 1973. Tras el golpe contra Salvador Allende, y luego de estar detenido en un campo de concentración, consiguió regresar a Argentina, y entre 1974 y 1976 fue docente del Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, cargo en el que fue declarado “prescindible” después del golpe de 1976, y reincorporado en 1984 cuando se reabrió la carrera de Antropología. Fue Director de dicha carrera entre 1986 y 1992, y Profesor Titular en las cátedras de Problemática Antropológica, Corrientes Antropológicas I y Seminario Final de Carrera hasta su fallecimiento.

La apertura de la carrera de Antropología en la ciudad de Rosario³ ocurre en consonancia con un proceso de impulso a la formación profesional de antropólogos y al surgimiento de las primeras carreras de Antropología en Argentina y el Cono Sur, en un contexto en que se percibía un horizonte de amplias oportunidades para el desarrollo de investigaciones arqueológicas y antropológicas. Como dijo Murra por aquellos años: “hay una conciencia plena de que nuestra disciplina, en todo el continente, se halla en el umbral de posibilidades inesperadas” (1967, p.14). La inquietud por cómo fortalecer a la disciplina y cómo pensar su porvenir en momentos de “grandes posibilidades”, el desafío de cómo mejorar la formación de los antropólogos y cómo articularla con la investigación, fueron parte del ambiente en que se configuró una nueva generación de antropólogos a la que perteneció Garbulsky.

Coincidimos con Achilli en resaltar que el clima intelectual que se vivía por ese entonces en la Universidad y en la ciudad “fue altamente formativo para quienes lo integraron, y a su vez, fuimos recibiendo y apropiándonos de distintos modos quienes vinimos más tarde” (Achilli, en Sanchez (comp.), 2014, p.13). Clima atravesado por concepciones teórico-metodológicas que intentaban romper las fronteras disciplinares, el conocimiento de nuevas corrientes de pensamiento, la permanente discusión de los marcos teóricos en boga, y fuertes debates éticos sobre la responsabilidad del cientista social, que darán impulso a la conformación del campo antropológico en Rosario, con vinculaciones a nivel nacional (Achilli, en Sanchez (comp.), 2014).

³ El hecho de haber nacido ligada a la carrera de Historia, constituye un rasgo distintivo de la antropología rosarina, que trazó una huella hasta nuestros días. De hecho, las sucesivas generaciones de estudiantes que ingresamos a la carrera desde su reapertura en el año 1984, nos hemos formado con esas generaciones de Profesores de Historia con Orientación en Antropología, que nos han transmitido una tendencia a abordar las problemáticas que estudiamos como procesos históricamente constituidos.

De los diversos centros e institutos de Antropología de aquel período, serán los del interior, señala Garbulsky, donde se expresarán con más notoriedad esas nuevas tendencias, especialmente Córdoba y Rosario, por la inspiración, entre otros, de Rex González

Las características de la formación y los enfoques teórico-metodológicos que incorporaron los profesores en aquel período, marcaron una orientación fundamental en Rosario, cuyas diferencias con las tendencias hegemónicas en la UBA y La Plata Garbulsky se encargó de subrayar.

A diferencia de la formación en la UBA -con predominio de la escuela histórico-cultural- o La Plata -con peso de las concepciones naturalistas- la formación antropológica estuvo fuertemente relacionada con una apertura a trabajos de las diversas líneas teóricas, sobre todo el culturalismo, el neoevolucionismo, el estructural-funcionalismo, y complementado con la formación en una historia social y económica y en sociología (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.146).

Los entonces estudiantes y luego jóvenes graduados de los centros de formación profesional de aquellos años, fueron tejiendo una trama de mutuo entendimiento, impulsando el primer congreso nacional de estudiantes y las primeras convenciones nacionales de antropología, procurando romper el aislamiento en que se encontraban los investigadores argentinos de esa época y dando forma a un movimiento renovador y crítico, en el contexto de los cambios en el mundo y en nuestro continente.

Rosario comenzó a jugar un papel importante en la Antropología argentina, promoviendo dichas reuniones nacionales, como el 1er. Congreso de Estudiantes de Antropología (Rosario, 1961); la 1ra. Convención Nacional de Antropología (primera parte - Carlos Paz, 1964) y la segunda parte (Resistencia, 1965) (Garbulsky, en Sanchez, 2014).

Imposible no advertir en Garbulsky las huellas que dejaron en él aquellas experiencias formativas, y cada uno de los autores que entusiastamente exploró. En la singularidad de su

pensamiento y su práctica antropológica, en su compromiso académico y político, se percibe la marca profunda de esa etapa naciente de la antropología sociocultural en nuestro medio, impregnada por las nuevas propuestas que emergían en el campo intelectual nacional y latinoamericano.

De la necesidad de cruzar fronteras

... nuestra formación antropológica estuvo fuertemente relacionada y complementada con la formación en una historia social y económica, sociología, psicología social, etc. Al lado de maestros con una visión que tendía a la interdisciplina y a la formación integral (...) (Garbulsky, en Sanchez (comp., 2014, p.20)

Garbulsky se asume como heredero de aquella tradición que concibió a las distintas ciencias del hombre y la sociedad en una trama integral que enlaza pasado y presente. En cada uno de sus escritos, desafió el recorte impuesto de los campos del conocimiento. Formó parte de un posicionamiento que implicaba una actitud de ruptura de compartimentos estancos entre disciplinas, formadas en el siglo XIX en el marco de las perspectivas positivistas, al mismo tiempo que recuperaba y tenía en cuenta una perspectiva de la totalidad, en un sentido dialéctico (Garbulsky, en Sanchez (comp.), 2014).

Desde esa concepción observó con preocupación, en los primeros años del siglo XXI, una verdadera fragmentación de campos en las ciencias sociales y en la antropología en particular. Contrariando la tendencia de la etapa fundacional, encuentra en este presente una nueva dispersión y encierre de campos, que pone en peligro el desarrollo de ciencias sociales críticas.

Es ante esta situación que se vuelve potente la necesidad de recuperar esa tradición del pensamiento social que enfatiza la no escisión del campo del conocimiento del mundo social. Evoca una y otra vez los nombres de aquellos maestros de quienes aprendió a cruzar fronteras

disciplinarios. Sobresalen Rex González, Krapovikas quienes, proviniendo de la Arqueología, apoyaron el desarrollo de la antropología social en el país.

Rescata especialmente el pensamiento del historiador Sergio Bagú, en su combate a la superespecialización en las ciencias de la sociedad, y el papel de teorías integradoras.

Asimismo, recupera y levanta experiencias de trabajo interdisciplinario, como los proyectos de investigación en El Alamito y el Valle de Santa María, que pusieron en juego una concepción unificada del hombre y la sociedad. Aquellas experiencias constitutivas interdisciplinarias, concebidas desde una preocupación por integrar campos, dejaron una impronta, una marca que se extendió en el tiempo. Destaca a esas experiencias como el momento de su mejor aprendizaje del valor de la interdisciplina, pero va más allá al señalar que en ellas se descubrieron en su condición de latinoamericanos.

Décadas después, los intensos procesos de separación entre las disciplinas del campo social, y más aún, la fragmentación al interior de la Antropología, se convertirán en uno de los focos sobre los que tratará de llamar la atención. En sus textos, Garbulsky se inquieta y señala los múltiples modos en que se va afirmando tal fragmentación en los últimos años, que se extiende al interior de la disciplina, y se expresa, por ejemplo, en la cantidad de mesas temáticas en congresos y jornadas, en “la falta de preocupación por generar un debate entre diversas líneas o posturas”, en el trabajo en paralelo de distintos equipos de investigación, sin cruzarse en análisis críticos con otros grupos (Garbulsky, en Sanchez (comp.), 2014) .

La invitación a cruzar fronteras adquiere así en Garbulsky una significación ancha, que se extiende a la búsqueda de redes de proyectos, de reflexiones, de acciones, de instituciones gremiales y científicas, y sobre todo en la vinculación con los movimientos sociales y las nuevas propuestas que emergen (Garbulsky, 1999).

El distanciamiento creciente entre arqueólogos y antropólogos sociales será un tema al que dedicará reiteradas reflexiones. En 1999, en un Congreso Nacional de Arqueología

presentó una ponencia bajo el título *“El arqueólogo, también es antropólogo. La mirada de un antropólogo social”*, en ocasión de la cual revaloriza el papel renovador desempeñado por la Arqueología y su impulso al nacimiento de la antropología social en nuestro medio. En el contexto actual, en cambio, en nombre de la autonomía disciplinar, se plantea el aislamiento de la arqueología de las ciencias sociales. En este mismo sentido, años antes, había planteado:

(...) La complejidad del desarrollo de las ciencias del hombre, hace imposible pensar en la formación de un “antropólogo integral”, como ocurría en el siglo XIX y comienzos de éste; han variado las relaciones entre las diversas ramas de las mismas, y hoy podemos decir que un arqueólogo tiene más relaciones con la historia colonial, la demografía retrospectiva, las economías precapitalistas y un conjunto de métodos y técnicas de las ciencias naturales, que con algunos estudios de sociedades complejas urbanas que realiza el antropólogo sociocultural. Lo une, sin embargo, a éste, una necesaria teoría de la cultura y de la sociedad; en el contexto argentino y latinoamericano, la necesidad de definir la continuidad y el destino común de nuestros pueblos (aspecto este último que también es común al historiador. (Garbulsky, 1983, p. 2).

El esfuerzo de Garbulsky en subrayar una perspectiva totalizadora, en los términos dialécticos en que la concibiera Marx, lo llevan a entrelazar dimensiones de análisis complejas con la atención puesta en los distintos posicionamientos, intereses y conflictos en juego dentro de esa totalidad y en las acciones que tienden a transformarla.

En sus análisis de grupos de pueblos originarios asentados en la ciudad de Rosario, ofrece un encuadre que genera las condiciones para trabajar desde la totalidad:

Entendemos, desde una perspectiva totalizadora de la investigación antropológica, que “el mundo de los procesos socioétnicos en la ciudad”, debe trabajarse con un enfoque cognitivo diversificado. La dialéctica de los procesos, en los que este “mundo” es una de las dimensiones a considerar, enmarcado en la constitución, desarrollo y devenir de una

formación urbana, consolidada a partir de la constitución de Argentina como nación, que a su vez se expresa en el marco del proceso de incorporación del país y de nuestra región al sistema capitalista. Obviar este aspecto, implica dejar de lado en el análisis, la perspectiva que desde la constitución de las ciencias sociales, ofrece el pensamiento marxista.

(Garbulsky, 2005, p.2).

Le preocupa, coincidiendo con Vázquez (1996, citado en Garbulsky, 2014) el reemplazo de ese concepto por el de individualidad, y la exaltación de particularismos desvinculados del conjunto, por las implicancias políticas que puede tener.

De la importancia de pensar con cabeza propia

En sus páginas, Garbulsky insiste una y otra vez en no ser “un eco pasivo, o correa de transmisión de paradigmas que vienen de otros ámbitos, aún de aquellos que pretenden una acción liberadora (...)” (Garbulsky, 1996, p.3).

Habla del riesgo de limitarse a reproducir acríticamente teorías generadas en los países centrales, riesgo que también observaba en los 60 y 70, lo que hace necesario retomar debates que estaban en ese tiempo, en donde muchas veces se tendía a una apropiación dogmática del pensamiento europeo, principalmente el marxista, al tiempo en que asomaba una crítica a ese dogmatismo. “No sólo se leía la realidad a través de las citas de los clásicos del marxismo, olvidando las limitaciones de época, sino que en muchos casos se efectuaba a través de las interpretaciones de los manuales, ya sea soviéticos o de otros lares (...)” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.25). Y con autocrítica ha señalado: “De ese pecado no hemos, en determinadas circunstancias, quedado exentos” (2014, p.141).

El carácter creativo de la producción latinoamericana, tuvo también como elemento contradictorio, la tentación de la “traducción” de modelos y prácticas teóricas que también se desarrollaron en nombre del marxismo. Confrontar al respecto el reduccionismo

economicista que no veía las dimensiones étnicas, nacionales y religiosas en el análisis concreto de las sociedades, aquel denominado marxismo dogmático justamente por Darcy Ribeiro, y aquellas tendencias a hacer de esa teoría revolucionaria un esquema de empobrecimiento del análisis de la realidad (...). (Garbulsky en Sanchez (comp.) 2014, p.58).

Zemelman ha reflexionado sobre aquel período, señalando que “... uno pensaba que se movía con una serie de paradigmas, que por lo general tenían pretensiones de universalidad, sin tomar conciencia de que pertenecíamos a un contexto histórico desde el cual debíamos necesariamente organizar nuestro pensamiento” (Zemelman, 2011, p.13-14). En esta línea de reflexiones Zemelman plantea la importancia de explorar por qué América Latina, tanto en el pasado como en el presente, no ha tenido el valor de pensarse desde sí misma, sin tener que recurrir a discursos prestados. (Zemelman, 2011).

La lectura del marxismo fue sin dudas un elemento que enlazó a los integrantes de la generación en que se formó Garbulsky, y ya entonces empezaban a aparecer las críticas a esa “falta de ángulo propio” en pos de pensar nuestras realidades nacionales y latinoamericanas. Garbulsky recupera la postura de Sergio Bagú, quien a comienzos de los '70 reclamaba “una nueva actitud, que implica la conquista del derecho a la propia opinión, respetuosa de los antecedentes, pero liberada de toda reverencia inhibitoria” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.141).

Cobra sentido así el énfasis de Garbulsky en recuperar lo mejor de quienes trabajaron con un perfil activo, no dogmático. Autores como Bonfil Batalla, Stavenhagen, Darcy Ribeiro, entre otros, empezaron a transitar una ruptura en la dependencia intelectual de las interpretaciones europeas y norteamericanas.

Y a su vez, volver la mirada a las aportaciones de una “generación mayor”, conformada por autores que entre las décadas del '30, '40, '50 contribuyeron al conocimiento de nuestras

realidades, y que Garbulsky recupera y revaloriza como antecedentes de un pensamiento crítico y creador latinoamericano que influyó en la configuración del pensamiento de su generación.

En América Latina, la constitución de la corriente crítica en ciencias sociales, y en la antropología en particular, no surge en el vacío. Arguedas y Acosta Saignes, arriba mencionados, pertenecen a una generación mayor, cuya inserción en la disciplina no está desvinculada de su inserción política. En este sentido, podemos encontrar esta generación mayor en otros países: Lipschütz en Chile, Valcárcel en Perú, la tradición de los republicanos españoles (Comas, Lorenzo, Genovés) en México, los clásicos del indigenismo mexicano como Gamio. Hay un hilo que también nos vincula con el pensamiento crítico de Mariátegui y otros. La obra de Fanon es muy destacada, sobre todo en el área caribeña, donde pensadores como el cubano Roberto Fernández Retamar dedicara en 1965 un escrito comentario de sus textos fundamentales (Cf: Fernández Retamar, 1967: 110-120). En los primeros años de la Revolución Cubana, desde “Casa de las Américas”, “Pensamiento Crítico” y las Universidades, existe una gran apertura a la producción latinoamericana, además del rescate de la labor etnográfica de Fernando Ortíz, a quien podríamos incluir en la generación mayor. (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.102).

Fuentes y antecedentes que provienen de la antropología, la literatura y el pensamiento político, que, entre otras contribuciones destacables, aportaron a valorar el papel del indio, el negro y otras alteridades en la conformación de las distintas identidades nacionales.

Garbulsky se sumerge de modo particular en el pensamiento de Alejandro Lipschütz, aquel médico letón, que se radicara en Chile en 1926 y analizara de manera innovadora el problema de la Conquista de América. Garbulsky se ocupó de reivindicar su actitud de compromiso con las comunidades indígenas y con los procesos sociales y políticos

americanos. En 2001 le dedica un texto, que se inicia con la narración de su primer encuentro, que no fue casual: “Fue alguien a quien se busca, lo busqué” (Garbulsky en Sanchez, 2014). Ese bello artículo habla del vínculo entre dos generaciones, simboliza su filiación con esa tradición de maestros latinoamericanos y algunos europeos que aportaron los análisis más fructíferos de las realidades latinoamericanas.

Recupera así una línea de producción de conocimiento social que es posible concebir a la luz de categorías como la de *antropologías periféricas* de Cardoso de Oliveira. Garbulsky carga de un sentido particular la concepción de saberes y prácticas antropológicas *en periferia*:

Cuando usamos los términos “Antropología en la periferia” (...) nos referimos a que existe esa pugna en nuestro país (en nuestras sociedades) entre aquellos “traductores” y citadores acrílicos, y aquellos que pretenden darle un sentido a sus procesos de investigación, desarrollando en forma creativa su análisis de una realidad concreta (...) (Garbulsky en Sanchez, 2014, p.27).

Significa también una antropología y ciencias sociales que recuperen la posibilidad de proyectar el tipo de sociedad que se desea

Significa “una Antropología argentina que no puede pensarse aisladamente de la construcción de una antropología latinoamericana, no en un sentido chauvinista, sino abierta al conjunto de inquietudes e ideas de emancipación humana” (2014, p.28).

Es interesante destacar que la recuperación que realiza Garbulsky de figuras como Alejandro Lipschütz y demás integrantes de esa “generación mayor”, así como del conjunto de antropólogos críticos de su propia generación, tiene el firme propósito de religar lo que observa como un divorcio, una distancia entre generaciones en el presente. Nos habla de una necesidad muy imperiosa de hacer memoria “en una época en donde el modelo neoliberal pretende cortar en las nuevas generaciones las referencias al pasado. Justamente porque ese

pasado, esa tradición, nos sirve para entender mejor este presente, para proyectarnos al futuro” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.121).

Elena Achilli ha señalado acertadamente el papel “articulador” que desempeñó Garbulsky, no sólo en la transmisión de esa herencia de pensamiento crítico latinoamericano, sino de modo particular, como nexos articuladores entre generaciones al interior de la antropología rosarina, a través de una recuperación permanente de “los diferentes climas intelectuales, políticos e ideológicos que impregnaron las distintas generaciones de antropólogos/as” (Achilli, en Sanchez (comp.), 2014, p.12).

Ese “pensar con cabeza propia” se entiende entonces en relación a la importancia de revisar nuestra propia historia disciplinar, de retomar la tradición de compromiso epistemológico y político frente a las poblaciones de nuestras sociedades, redescubriendo en las publicaciones, en el obrar de los hacedores de esa tradición, nuevas perspectivas. “Pero fundamentalmente, ser creativos frente a los nuevos problemas que el mundo contemporáneo nos plantea” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.66).

La propuesta de Garbulsky nos introduce en una tradición antropológica, la pone a disposición para que las nuevas generaciones la analicen y exploren sus alcances, invitando a la elaboración propia.

La responsabilidad del antropólogo en relación a los problemas de su tiempo

Toda la obra de Garbulsky se enlaza a la inquietud por la acción transformadora de la antropología, por el compromiso con los problemas del mundo y la emancipación humana.

Siempre sostuvo la responsabilidad del antropólogo frente a su medio y su tiempo y el compromiso con los sujetos sociales de la investigación antropológica, lo cual –subrayaba– no es incompatible, la requiere, la rigurosidad en el proceso de investigación. Su clara y coherente posición al respecto no sólo se encuentra expresada en sus trabajos escritos, sino

que forma parte del modo en que concibió los Programas de cada una de las materias que dictó, se plasma en su participación, en distintos momentos, en las discusiones alrededor de los planes de estudios de la carrera en Rosario y en Concepción, y por supuesto en sus experiencias de investigación y vinculación concreta con determinados sujetos sociales.

En sus escritos más recientes en el tiempo, muestra su insatisfacción por la tentación de los pragmatismos de moda, que dibujan una “falsa disyuntiva entre el científico social y el compromiso político”:

Existe una visión arraigada entre estudiantes y estudiosos, en el sentido de privilegiar una "perspectiva antropológica" profesional frente a la responsabilidad y el compromiso intelectual. Los cambios ocurridos en el mundo a partir de la década del 90 (y aun antes) que hacen hegemónico el tipo de razonamiento neoliberal, han oscurecido y mediatizado las ideas generadas en otro momento, acerca del compromiso intelectual y profesional, tan fuerte en las perspectivas de una generación de científicos sociales (antropólogos, historiadores, sociólogos, economistas, etc.) en la década del 60. (Garbulsky, 2007, p.2-3).

Descrie de la neutralidad que se liga a la noción de “profesional” en tanto “técnico”, y discute la oposición entre profesional e intelectual. Su perspectiva alienta a considerar el compromiso político como un aspecto de la ética profesional, y no como un impedimento para lograr la objetividad y la rigurosidad en la producción de conocimiento.

Inspirado en la tradición gramsciana acerca del rol del intelectual, se muestra profundamente preocupado por lo que marca como un “corrimiento” de un conjunto de intelectuales en el contexto actual, hacia una “canonización del saber”, una “falta de contacto cotidiano con sectores populares”, un “alejamiento de las necesidades y motivaciones de las sociedades y los pueblos” (Garbulsky, en Sanchez (comp.), 2014, p.85).

Es en este sentido, y como aporte a la formación de los universitarios, que debemos rescatar como herencia cultural, el proceso de constitución y desarrollo de las ciencias

sociales críticas y del compromiso del intelectual con los problemas de la sociedad.

(Garbulsky, en Sanchez (comp.), 2014, p.86).

De hecho, la preocupación por el compromiso con la sociedad fue un aspecto central de aquellas primeras generaciones de antropólogos profesionales. Es en ese período en donde comienza a extenderse el término “compromiso”. Formaba parte de una polémica acerca de la responsabilidad de los antropólogos con el medio. Dichos debates no eran simplemente una respuesta a cierto modo de intervención antropológica. Las inquietudes por el rol del antropólogo se inscribían en el cuestionamiento a la situación colonial, a la participación de investigadores en proyectos militares y de inteligencia en el SE asiático, el Plan Camelot.

Garbulsky recupera la heterogeneidad de perspectivas acerca del rol del antropólogo por aquellos años, contraponiendo posturas como la de Pablo Aznar o Berdichevsky, con otras expresadas por ejemplo por la etnóloga francesa Dreyfus-Gamelon, que hiciera eje en un rol práctico de diagnóstico y asesoramiento a los poderes políticos, a partir de la producción de un conocimiento imparcial de la realidad social.

En ese contexto, Garbulsky produce el artículo “Algunas ideas acerca del papel del antropólogo en los procesos de cambio de la sociedad latinoamericana”: “El antropólogo debe asumir un compromiso, como tal y como hombre, y ese compromiso implica una alternativa. O su función es la de contener una estructura social o de contribuir a transformarla” (Garbulsky, 1972, p.21).

En un documento interno que elaborara en 1973 en ocasión de debates sobre un nuevo plan de estudios en Rosario, enfatiza en la relación del antropólogo con la sociedad, con un fuerte anclaje en la realidad de nuestro país y de Latinoamérica, y resaltando la importancia de formar antropólogos concientes de la función que deben cumplir en relación a las luchas populares del período. Diez años después, Garbulsky aparece participando activamente en las discusiones previas a la reapertura de la carrera, en donde, en una nueva situación

sociopolítica, plantea la necesidad de redefinir el rol y el perfil del antropólogo. Propone una “imagen ideal” de lo que debe ser un antropólogo en su medio, en la que sobresalen un conjunto de aspectos como “Compromiso y conexión entre teoría y acción social” y “Ética que comprenda que los pueblos no son un mero objeto de estudio sino sujetos protagonistas de procesos históricos” (Garbulsky en Sanchez (comp.), 2014, p.166).

Hacia fines de la década de 1980, Garbulsky desplegó una importante labor de acción concreta con los asentamientos tobas de Rosario como integrante de un equipo interdisciplinario en el Servicio Público de la Vivienda, para trabajar en un proyecto de relocalización. Es posible desprender reflexiones importantes sobre el modo en que asume su responsabilidad como antropólogo en dicho proceso:

La intervención de los antropólogos en acciones que tiendan a transformar las condiciones de vida de sujetos, colectividades, grupos, etc., debe seguir una ética que implica no reemplazar, ni menos imponer una orientación determinada. Esto no significa asepsia o “neutralidad” valorativa, sino un efectivo compromiso con los sujetos y sus problemas (Garbulsky y otros, 2000, p.89).

¿Qué implicaba asumir un compromiso? Implicaba una postura ética centrada en la disposición a participar y aportar a las luchas de su propia comunidad, otorgándole un sentido a la construcción de conocimientos.

Confiere así al antropólogo, y de hecho lo pone en práctica, un lugar de acompañamiento, aportando a los sujetos en cuestión “elementos que les permitan hacer más eficaz la implementación de sus demandas” (Garbulsky y otros, 2000, p.89).

Aparece entonces expresada una concepción de la responsabilidad profesional en un doble sentido, el trabajo crítico, desmistificador, que permite ver “las cosas que están detrás de las cosas” (Beaucage, citado por Garbulsky, 2014), poner en evidencia, comprender las dinámicas del presente, y a su vez, la orientación hacia una praxis social tendiente a la

construcción de un proyecto histórico-social. La clave está, señala, en recrear estrategias que tengan en cuenta lo que se manifiesta en diversas formas de resistencia y acción:

Sin considerarnos guías ni actores principales en el mundo contemporáneo, variante de una idea de vanguardia iluminada, debemos colocar nuestros saberes, a la vez que los reformulamos, a la causa [de la acción colectiva en la búsqueda de nuevas alternativas]. (Garbulsky, 1997, p.4).

Y agrega:

Como científicos sociales e intelectuales comprometidos con la vida de nuestros pueblos, tenemos una responsabilidad: la de contribuir a la liberación del pensamiento, a esa función anticipatoria del mismo. No importa que los actuales pensadores “renovados”, “prácticos”, denominen a esto utopía. (Garbulsky, 1997, p.4).

Podríamos decir que, en un contexto de ofensiva neoliberal, sus palabras reafirman que nuestras intervenciones pueden recuperar la posibilidad de proyectar, captando “las alternativas y caminos que se encuentran en la Argentina, América Latina y el mundo actual” (Garbulsky en Sanchez, 2014, p.80).

Algunas reflexiones finales: De la antropología crítica en el siglo XXI

En las palabras que dirigió a los jóvenes graduados de la carrera de Antropología de Rosario en 2001, Garbulsky decía: “Hay una tradición antropológica que enfatiza el carácter activo y creativo de las ciencias sociales; una predisposición a tratar los procesos sociales con una visión de totalidad. A esa tradición crítica de la ciencia se la pretende menoscabar”. Y advertía: “esa tradición está amenazada por un proceso de subordinación de nuestro pensamiento”.⁴

⁴ Se trata de las palabras que Garbulsky pronunciara en el Acto de Colación de grado de la Escuela de Antropología de la UNR el 14 de diciembre de 2001; las citas se extraen del documento inédito de dicha conferencia.

Garbulsky hizo un esfuerzo por rescatar y transmitir las producciones de esa tradición, entendiendo que la antropología crítica no es algo que esté muerto, etapa superada, ni cosa del pasado. sino que sigue vigente en experiencias de docencia, extensión e investigación. Así, la recuperación de la tradición de la antropología crítica latinoamericana no aparece planteada como añoranza o nostalgia por ese pasado, sino siempre de cara a la comprensión del presente. Nos inspira, nos convoca a discutirla, a asimilarla críticamente, a superarla.

Garbulsky integraba un grupo de antropología crítica que, entre otras actividades, coordinaba un simposio sobre Pensamiento Crítico en Antropología en los congresos de antropología chilena. En su fundamentación para la apertura de dicho simposio en el 6º Congreso Chileno a realizarse en noviembre de 2007 expresaba su visión del pensamiento crítico hoy:

Las perspectivas críticas aparecen hoy como una instancia de desmitificación del actual orden hegemónico, lo que permite un mayor acercamiento a los sujetos en tanto constructores de movimientos sociales (...)

Observamos que en nuestro continente (...) surge la esperanza a partir de manifestaciones de resistencia y movimientos sociales que han dado cabida a nuevas formas de gobierno – incluyendo proyectos políticos nacionales indígenas- que materializan el inicio de un nuevo orden social en Latinoamérica.

En este contexto es fundamental replantearse el rol del intelectual con los movimientos sociales y las nuevas formas de construcción del proyecto histórico.” (Garbulsky y otros, 2007, p.1).

Justamente por todo este movimiento latinoamericano, entiende que también éstos son tiempos de pensamiento crítico. Y llama a las ciencias sociales a estar a la altura de su tiempo. Precisamente es allí donde no dejan de tener vigencia sus lecciones.

Referencias bibliográficas

- Achilli, E. (2014). De una antropología crítica en Rosario. Edgardo Garbulsky. En S. Sanchez (comp.), *Antropología crítica. Edgardo Garbulsky*. Rosario: Laborde editor.
- Garbulsky, E. O. (1972). Algunas ideas acerca del papel de la Antropología en el proceso de cambio de la sociedad latinoamericana, *Rehue. Revista del Instituto de Antropología*, N°4, 9-27.
- (diciembre de 1983). La formación del antropólogo. Bases para la recuperación. Ponencia presentada en las Jornadas *Perfil del Antropólogo*. Asociación de Antropología de Rosario.
- (noviembre de 1996). El antropólogo entre la crítica y la acción. Ponencia en el *Simposio Regional de Ciencias Antropológicas del Cono Sur*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- (agosto de 1997). Ciencia-técnica y sociedad, intervención en el Panel *Ciencia, técnica y sociedad*, V Congreso Argentino de Antropología, La Plata.
- (octubre de 1999). El arqueólogo, también es antropólogo. La mirada de un antropólogo social. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Córdoba.
- (2004). La falsa disyuntiva entre el científico social y el compromiso político. Hacia una reivindicación de la tradición gramsciana acerca de los intelectuales. Ponencia para *V Congreso Chileno de Antropología*, San Felipe, Chile.
- (13 de mayo de 2005). Cuestión étnica, cuestión social. Reflexiones sobre el problema en el contexto de la ciudad de Rosario. Ponencia en las *IV Jornadas Vivir en la Ciudad*. Rosario.
- (abril de 2007). Los problemas en la formación antropológica en la Universidad Nacional de Rosario. Ponencia en el *I Congreso Argentino y Latinoamericano de Derechos Humanos*. Rosario.
- Garbulsky y otros (2007). Propuesta para el Simposio “Antropología Crítica”, *VI Congreso Chileno de Antropología*, Valdivia.
- Murra, J. (1967, diciembre). Discurso inaugural, *Anuario Indigenista*, vol. XXVII, 9-26.
- Sanchez, S. (comp.). (2014). *Antropología crítica. Edgardo Garbulsky*. Rosario: Laborde editor.
- Zemelman, H. (2011). *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad*. México: Siglo XXI.